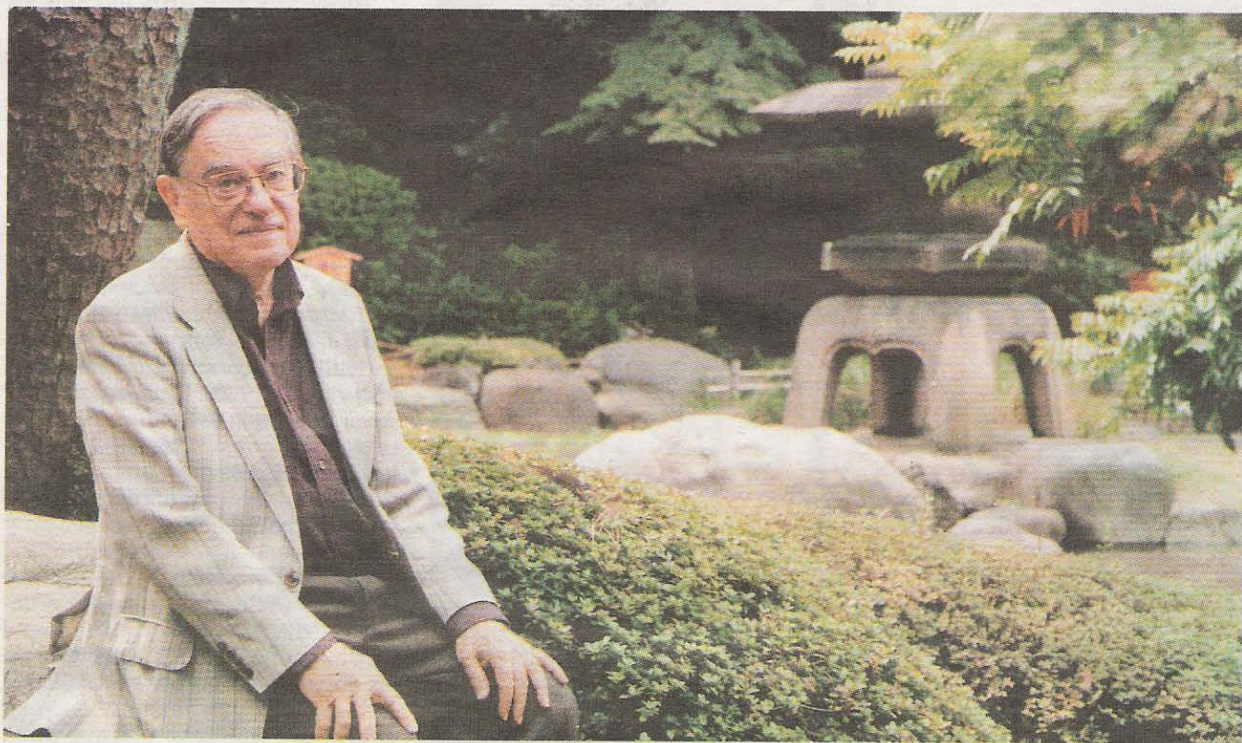


Donald Keene: «Conocer otras culturas ayuda a saborear la propia»



PEARL Harbor le marcó la vida. Al poco del ataque japonés en Hawái, Donald Keene se alistó en la Marina estadounidense, comenzando al poco un curso intensivo de japonés. Pero esa animosidad se transmutó con el tiempo en admiración y esos ardores guerreros son ya imposibles de trazar tras esa mirada de una persona que, antes bien, se ha convertido en autoridad máxima en la cultura japonesa, especialmente en su literatura. De la transcripción de telegramas secretos interceptados para ganar la guerra, Keene ha pasado a escribir libros esenciales para entender Japón, y a traducir su literatura, desde textos del siglo VIII a novelas de posguerra. Además, Donald Keene es la excepción a la omnipresente renuencia nipona a creer que los extranjeros no pueden entender sus más profundos sentimientos, sobre lo que responde: «A los japoneses no les gusta oír cosas desagradables y a mí no me gusta criticar mucho porque me siento como un invitado». Tras más de 20 años de residencia en Japón, reconoce que es difícil considerarle como tal, e incluso se ríe recordando que ha pagado impuestos, como cualquiera, aventurándose a asegurar que ese aprecio quizás es por estar más entregado que los propios japoneses a entender y divulgar su literatura, acabando: «Así, cuando les hago alguna crítica saben que estoy de su lado».

—¿Y usted cree que es tan difícil de entender la cultura japonesa?

—Japón es fácilmente inteligible si se da una oportunidad, además las diferencias en religión no son importantes. Su literatura, además, es de gente con civilización, y cualquier ci-

vilización se puede entender. Nadie me ha dicho que no haya podido entender el *Chûshingura*, una obra de marionetas, o *Bunraku*, que he traducido (sobre la venganza de los 47 Samurais sin dueño o *ronin*). Yo creo que el problema no es la distancia, sino el estado mental porque además conocer otras culturas ayuda a saborear mejor la propia.

—¿Eso incluye la literatura de la época Heian, en el medioevo, de una Corte sin apenas relación con el mundo exterior?

—Sí, porque fue escrita por mujeres, más interesadas en los sentimientos o la sensibilidad, y menos por cuestiones más temporales como los ascensos en la Corte o los asuntos políticos.

—Del *Romance de Genji* (*Genji Monogatari*), de Murasaki Shikibu, acaba de aparecer una nueva traducción, de Royall Tyler; la tercera después de la de Edward G. Seidensticker (1976) y la de Arthur Waley (1933). De nuevo vuelve a estar sobre el tapete si es mejor la fidelidad al texto original o la creación del traductor; ¿qué opina de sus resultados?

—Tyler fue alumno mío, conoce muy bien el japonés y yo mismo he revisado la traducción, mientras que Seidensticker mostró claramente las liberalidades que se tomó Waley para su traducción, pero aún así prefiero ésta última. Waley recrea mejor la magia con la que Murasaki Shikibu describe la atmósfera del *Genji*.

—Pasando al libro sobre el emperador Meiji (1867-1912), ¿cuál ha sido su objetivo al escribirlo?

—Hacer un libro simple e inteligible sobre un tema que hasta ahora ha

sido poco estudiado por los historiadores japoneses.

—Muestra cómo el sistema feudal Tokugawa cayó casi por su propio peso.

—La conciencia de que el *shogunato* era inadaptable a los nuevos tiempos era generalizada. Aunque se vivía en teoría sin contacto con el extranjero, los japoneses sabían mucho de lo que ocurría en el exterior y conocían incluso los nombres de islas en las Antillas, algo que no ocurría en otros países asiáticos aparentemente más abiertos, como China o Vietnam.

—La Renovación Meiji parece un ejemplo claro de Invención de la Tradición

—Ciertamente fue así. Había una situación nueva, era necesario responder ante ello y no había ejemplos previos a seguir. Por ejemplo, Meiji fue el primer Emperador que visitó el Santuario Ise, donde se veneran los antepasados de la dinastía imperial.

—¿Cuál es la característica principal a destacar del Emperador Meiji?

—Su sentido del deber. Asistió a ceremonias en las que ni hablaba ni le convenía a su salud, como las ceremonias de graduación de la Universidad Imperial de Tokio, pero sabía que su presencia realizaba los actos y que los graduados se sentían respaldados.

—¿Cómo considera la reacción a su libro?

—Las reseñas en inglés han enfatizado la inexistencia de documentos explícitos, como un diario, etcétera. Pero las escritas en japonés dicen que a través de mi libro se puede sentir aquello en lo que Meiji creía.

Florentino Rodao